

# ***El mundo mágico de Margje***

## **Parte uno: la Hechicera Roja**



# ***El mundo mágico de Margje***

**Parte uno: la Hechicera Roja**

Autora: Attie Dotinga

**El mundo mágico de Margje**

**Parte 1: La hechicera roja**

Copyright © 2019

Autor: Attie Dotinga

Editorial Falinn

Código NUR 334

ISBN 9789403760216

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, ya sea mediante impresión, fotocopias, archivos de datos automatizados o por cualquier otro medio, sin el permiso previo del editor.

# Capítulo 1

Se levantó de un salto en su estrecha cama y sus ojos azules miraban, grandes y asustados, la oscuridad. Su respiración era rápida, aún afectada por el miedo. Debido al sudor, su cabello rojo se pegaba a su frente. Su mano buscó a tientas el interruptor de la lámpara de pantalla, junto a su cama. Una luz reconfortante ahuyentó la oscuridad.

Margje se quitó las sábanas y sintió el frescor del aire exterior en sus piernas cálidas y sudorosas. Se levantó y se acercó a la ventana, que estaba completamente abierta dejando entrar el frío de la mañana. Poco a poco su respiración se calmó. ¡Otra vez esa pesadilla! Caminó hacia el baño y encendió la luz. Aún vio las huellas de pánico en su rostro y suspiró profundamente.

Abrió el grifo y se mojó la cara con el agua fría. Un sorbo de agua de un vaso grande y se sintió completamente aterrizada. Llevó el vaso de vuelta a la cama y lo colocó en la mesita de noche gris, junto a su despertador. ¡Las cuatro de la mañana!

Sintió cómo se enfriaba por la neblina matutina y se deslizó de nuevo bajo las sábanas. ¡Qué sueño! Pero ¡siempre el mismo! Y todos le decían que los sueños eran engañosos, pero no se sentía así. ¡Se sentía tan real! De repente, su mirada fue atraída por un raspón en su antebrazo, ya que le picaba.

No había estado allí cuando se fue a dormir. Además, parecía fresco, rojo e hinchado, como si se hubiera raspado justo ahora.

Pero eso no podía ser.

En su mente, volvía a ver cómo, en su sueño, bajaba unas escaleras en la oscuridad y llegaba a un gran espacio negro. Olía a moho y estaba convencida de que era una especie de sótano. De repente, un ruido se acercó a ella y la hizo subir de nuevo por las escaleras. Allí se raspó el brazo contra la áspera pared de piedra de la que salían las escaleras. ¡Pero eso había sido en el sueño!

Margje buscó febrilmente en su memoria otra explicación.

Tal vez se había raspado justo en la pared del baño.

Eso tenía que ser, ¿qué otra cosa podría ser? ¡Nadie puede soñar tan real! Apagó la luz de la mesita y se metió profundamente bajo las sábanas. Se había lastimado en el baño. Así era.

Y con esa certeza, se fue a dormir.

Su despertador sonó fuerte. Se despertó de un sobresalto. Ya era de mañana. Con un suspiro, sacó sus piernas de la cama y se levantó. Iba a ser un buen día, los pájaros ya estaban cantando y el cielo era de un azul celestial. Margje buscó su ropa, unos jeans desteñidos y una camiseta azul clara. Rápidamente se lavó la cara, se cepilló los dientes y recogió su largo cabello rojo en una coleta. De cerca, vio en el espejo del baño que sus pecas se estaban multiplicando. Suspiró.

Ese era el inconveniente del verano. Y ser pelirroja, bueno, a Margje no le importaba tanto. Estaba bastante orgullosa de su cabello rojo. Era raro. En el pasado, había sido un problema y también muy rojo.

A medida que crecía, su cabello había adquirido un tono más oscuro y la intensidad del color había disminuido un poco. Se puso unas zapatillas desgastadas y Margje bajó corriendo las escaleras.

—¡Buenos días, papá!

Su padre ya había puesto la mesa y la miraba por encima del periódico.

—Buenos días, querida. ¿Has dormido bien?

—Sí, claro.

Algo en su tono hizo que su padre dejara el periódico y la mirara con atención.

—¿Has soñado de nuevo?

Margje frunció las cejas, sorprendida.

—Pensé que te oí en el baño esta mañana muy temprano —confesó él.

Margje consideró contarle en detalle sobre su angustiada noche. Sin embargo, sus pensamientos fueron interrumpidos por el sonido de pasos rápidos y fuertes en las escaleras. La puerta principal se cerró de golpe y luego se volvió a abrir. Entonces apareció la cara somnolienta de su hermano mayor por el rincón de la puerta de la habitación.

Lo oyó murmurar algo sobre llegar tarde y luego metió la cabeza de nuevo y, poco después, la puerta principal se cerró de golpe detrás de él. El sonido de sus pasos se desvaneció rápidamente.

—Al menos está en camino a la escuela —dijo su padre, sacudiendo la cabeza sin comprender.

Margje sabía que no entendía cómo podía levantarse solo cuando tenía que irse. Ella untó lentamente una tostada, tenía todo el tiempo. Había terminado sus exámenes y, por lo tanto, ya era verano para ella. Había puesto su despertador porque quería hacer muchas cosas ese día, además el clima iba a estar bonito.

“No sé exactamente a qué hora volveré esta noche. Tú harás las compras y cocinarás, ¿verdad? Y no olvides comprar té de hierbas nuevo para Omem, es muy importante,” dijo su padre.

—Mm —respondió Margje con la boca llena de migas de tostada y asintió enérgicamente.

—Tienes algo en el brazo —dijo su padre mientras se iba.

Margje asintió y miró su antebrazo, suponiendo que se refería al raspón. Solo vio algunas migas de tostada, ya no había ningún raspón.

Margje disfrutó del buen tiempo. Montó en bicicleta hacia la ciudad. Los pájaros en el parque cantaban mientras pasaba por allí. Eso era lo que le gustaba de la ciudad en la que vivía, había mucha naturaleza en los alrededores, tan cerca de casa. Desde el parque, llegó a la carretera asfaltada que llevaba a la ciudad, giró a la derecha después del paso a nivel y de repente pensó en ir primero a ver a Omem. Siguió en bicicleta hasta llegar a la estación de trenes que databa de 1883. Le atraían los edificios antiguos y tuvo que esperar para cruzar. Sintió nuevamente una especie de energía que llamó su atención. Era casi como si pudiera oír a las personas que habían pasado por la estación de tren a lo largo de los años. Qué raro.

El claxon de un coche la sacó de su trance y cruzó la calle. La Calle de la Estación era tan antigua como la propia estación de tren, y en 1883 había sido la gran entrada de la ciudad.

Su abuela vivía en una de las casas de allí, que en tiempos pasados

pertenecían a la élite, y que aún conservaban algo de ese prestigio. Abrió la puerta de hierro forjado del jardín, que chirrió ruidosamente, y entró con su bicicleta. El sonido de la grava crujía bajo sus pies.

Margje sabía que su abuela solía estar ocupada en el jardín, así que se dirigió directamente allí. La puerta del cobertizo estaba abierta, conectando con el jardín trasero. El aroma de las lilas le hizo cosquillas en la nariz mientras entraba al jardín.

‘¿Omeme?’

Al fondo del jardín vio una figura inclinada sobre el huerto de hierbas.

‘¿Omeme?’

La mujer, que parecía mucho más joven de lo que su estatus de abuela sugería, levantó la vista con una expresión inquisitiva y sus ojos azules recorrieron el lugar.

‘¡Margje!’

Oma, a quien en la lengua frisona se le llamaba “oare mem”, que significa “otra madre”, respondió a la versión acortada de ese nombre que sus nietos habían adoptado. Abrazó a Margje con un fuerte apretón y la miró con curiosidad. ‘¿Hay alguna razón especial por la que has venido, aparte de que tu suministro de té de hierbas está a punto de agotarse?’

Margje suspiró y quiso negarlo, pero sabía que su abuela siempre podía ver más allá de lo visible. Igual que siempre notaba cuando el té de hierbas de Margje estaba por terminarse, sin que ella se lo dijera.

‘Es por mis pesadillas, omeme. Las tengo cada vez más a menudo y me despierto empapada en sudor. Parecen tan reales y anoche...’ Su abuela, en un gesto tranquilizador, le puso una mano en el brazo, interrumpiendo su torrente de palabras.

‘Vamos adentro. Primero, una taza de té.’

Margje suspiró y sonrió. Su abuela siempre tenía una manera especial de desviar la atención de las cosas malas. La siguió adentro por las puertas dobles del jardín.

En la pequeña cocina, oma puso una gran tetera negra sobre la estufa.

Revolvió en un cajón buscando el té de hierbas adecuado.

Murmuró algo para sí misma y miró a Margje.



‘Una taza de *melissa officinalis* te hará bien.’

‘¿Melisa?’ respondió Margje de inmediato, ‘está bien.’ Sabía que también tenía un efecto calmante.

‘Bueno, cuéntame mientras tanto qué es lo que sucede exactamente en tus pesadillas.’ Oma puso la taza de té humeante sobre la vieja mesa de madera que una vez había hecho el abuelo de Margje. Allí se habían contado tantas historias. Margje suspiró profundamente.

‘Siempre sueño que bajo una escalera que desciende desde una pared hacia algún lugar. Está completamente oscuro y no sé dónde estoy. A veces ya estoy abajo e intento explorar el entorno a tientas. De vez en cuando, algo se me viene encima de inmediato, con un ruido terrible.’ Miró a su abuela con expresión interrogante.

‘Tal vez necesite algo de tu té de hierbas, omem, para evitar las pesadillas.’

‘Ya has tenido este sueño por un tiempo, cariño. ¿Qué es lo que te pone tan tensa ahora?’ Oma puso sus manos sobre las manos temblorosas de Margje. ‘Sabes, omem, a veces todo parece tan real. Todavía puedo oler y sentir todo cuando me despierto.’ Margje interrumpió abruptamente su flujo de palabras.

Primero respiró hondo antes de contar más tranquilamente sobre el rasguño en su brazo.

‘¡Esta mañana, el rasguño había desaparecido! ¡A veces pienso que me estoy volviendo loca!’ De repente, su frustración y miedo salieron a la luz. Miró a su abuela, a quien tanto se parecía. Especialmente cuando veía fotos de su abuela a su edad. El mismo cabello rojo y los mismos ojos azules. E incluso la misma aura, aunque los rasgos de oma se habían suavizado con los años. Omem también era una de las pocas personas que realmente la entendía. ‘Margje.’ Omem la miró fijamente. ‘No estás loca, querida, de verdad que no.’ Margje de repente vio un brillo extraño en sus ojos azules. ‘Tienes que esperar un poco más, niña. Paciencia. Pronto cumplirás dieciocho años y todo será claro.’

‘¿Qué entonces, omem? ¿Por qué no dices qué es? ¿Sabes por qué tengo esos sueños? ¿Y por qué hasta que cumpla dieciocho?’

Oma le dio una palmadita tranquilizadora en la mano, pero Margje vio que

no tenía intención de dar más detalles.

‘Paciencia, querida. Paciencia.’

Se oyeron pasos en la grava, el sonido de una puerta de cobertizo que se abría y el largo y musculoso cuerpo de Raaf apareció a la vista.

Como siempre, llevaba unos jeans negros desgarrados y una camiseta de banda. Su cabello negro estaba rapado por los lados y llevaba una larga mechón en la parte superior que se acomodaba con la mano innumerables veces al día, de izquierda a derecha, aunque esta vez lo tenía escondido bajo un sombrero negro.

Sus ojos azules brillantes miraban al mundo con curiosidad y desconfianza.

Saludó a Margje levantando las cejas y besó a oma en la cabeza.

‘Hola.’

Corto de palabras, como siempre.

Omem lo apartó de sí riendo. ‘No soy una niña, Raaf, para que me beses en la cabeza.’ Los ojos de Raaf brillaron divertidos.

‘Pero eres una abuelita pequeña.’

Cogió una taza, la llenó con agua caliente y buscó en el armario de hierbas de oma. Encontró lo que buscaba, lo olió y asintió con satisfacción. Se sentó en la vieja mesa de la cocina y miró a Margje. ‘¿Qué pasa, pelirroja?’ Margje suspiró.

‘Nada, metalhead,’ sonó bastante cortante, lo notó de inmediato.

Pero Raaf sonrió desarmante.

‘¿Con qué estás molestando a omem?’ preguntó en tono de broma.

‘¿Por qué lo dices?’

‘Lo veo en tu cara y lo siento en tu energía. Algo te preocupa.’ No sonó como una pregunta, sino como una afirmación. Raaf sopló en su taza y pareció disfrutar del aroma que subía.

Margje lo miró.

Conocía a Raaf desde hacía solo unos años. De repente había aparecido en su vida, como si fuera algo natural. Lo conoció por primera vez en casa de omem, quien a menudo tenía jóvenes en su casa.

Omem tenía un corazón blando por los jóvenes en apuros, y Margje asumió que él era simplemente uno de ellos. Después de eso, siempre aparecía en su

vecindario, y así se hicieron amigos. Se sentía cómoda con él y ni siquiera podía imaginar cómo era la vida sin él. ‘Mis pesadillas son más intensas,’ dijo con vehemencia. ‘¡Son casi reales!’

¿Intercambiaron omem y Raaf una mirada de complicidad o no lo vio bien?

‘Intensas,’ respondió Raaf.

Lo miró con curiosidad.

‘¿Eso es todo? ¿Intensas?’

‘¿Qué quieres que diga?’

Raaf levantó las cejas con interrogante.

‘¡No es solo intenso, Raaf! ¡Es increíblemente aterrador, espeluznante!’

‘Vaya.’ Raaf hizo un gesto defensivo, ‘¡eso sí que es intenso, Margje!’ ‘Lo siento.’

Sin embargo, su explosión despejó el aire, y la energía intensa y temerosa se disipó. Le contó sobre el rasguño que había visto en su antebrazo después de la pesadilla, que parecía tan real.

‘Sí, eso es espeluznante,’ confirmó Raaf con una mirada seria en sus brillantes ojos azules.

Omem se levantó y miró a Raaf con una ligera expresión de preocupación.

‘Voy a seguir trabajando en el jardín, chicos.’ Y dicho esto, salió.

‘Omem sabe más de esto,’ dijo Margje mientras miraba a su abuela alejarse.

‘Dijo que tenía que esperar hasta mi cumpleaños número dieciocho y entonces todo sería claro.’

‘¡Eso sí que es espeluznante, Margje!’

La manera en que lo dijo la hizo reír. Y eso era algo que él siempre lograba. Siempre la hacía reír.

Se levantó, sintiendo que su energía se había aligerado, lo cual la alivió.

“Me voy. Tengo que hacer la compra.” Se alejó caminando hacia la esquina de la casa.

“¡Y cocinar!” gritó aún.

Él la miró con una sensación especial en su cuerpo. Se sentía inquieto, algo que le ocurría cada vez más a menudo al verla.

Vio a Moon, como le llamaban, trabajando en el jardín, desmalezando la cama de hierbas, y se bebió el último sorbo de su té. Necesitaba encontrar

calma, estaba exhausto. Raaf subió corriendo las dos escaleras hasta el último piso, donde tenía una habitación. Encendió su sistema de música y se dejó caer en la cama.

El cansancio le invadió repentinamente cuando se relajó.

La música heavy metal llenó la habitación y él cerró los ojos por un momento. Se sumergió en el ritmo intenso de la música. No pensaba ni sentía nada, solo el bajo en su cuerpo.

La doble vida estaba pasando factura. En su mente regresó a aquella noche, en la que, en la oscuridad, había llevado a una chica de un lugar a otro. Otra misión de rescate secreta, como siempre le pedía Moon.

El recuerdo de su abrazo agradecido seguía muy vívido. Cómo había presionado su boca contra la de él. Raaf sonrió al recordar y suspiró profundamente. Quizás debería tomar una ducha larga y fría primero. Porque esa pelirroja volvía a invadir su mente. Con un profundo suspiro, se levantó y apagó la música. Se puso un boxer, una camisa negra, calcetines y botas, y se preparó rápidamente.

En la cocina olía a comida caliente y Raaf sintió hambre. Moon ya le había servido un plato que devoró con gusto, pero con prisa.

“Esta vez son tres personas en peligro”, le explicó.

Asintió; cada vez parecía que había más personas que necesitaban su ayuda.

Ella le explicó adónde tenía que ir y cuál era el objetivo del rescate. Le dio un amuleto y una bolsita de hierbas que podrían ayudarle con sus tareas.

“Ten cuidado”, le dijo, mirándolo con preocupación.

“Siempre lo soy”, respondió él y sonrió.

“Raaf, hablo en serio.”

Vio la expresión seria en sus ojos azules y asintió.

“Seré lo más cuidadoso posible”, prometió y se dirigió al sótano.

Era de mañana cuando Raaf volvió a casa. Esta vez parecía como si hubiera arrastrado por el barro y también olía a ello. Traía consigo a una chica que no tenía mejor aspecto.

“Moon, Roosmarijn. Roosmarijn, Moon.”

No dijo mucho más y la dejó con Moon. Corrió arriba para darse una ducha. El

calor del agua fue un alivio para sus músculos, que habían soportado mucho en los últimos días. Se quedó un momento con los ojos cerrados disfrutando. Luego fue a su habitación y se puso un boxer. La puerta de su habitación se abrió suavemente.

“Quería agradecerte”, dijo Roosmarijn, mirando su cuerpo que aún emanaba vapor del agua caliente.

Él asintió. “Está bien.”

Ella cerró la puerta suavemente y continuó mirándolo.

También se había duchado. Aún goteaba agua de su largo cabello rubio.

Se levantó y se inclinó sobre ella con su alta estatura. “Dije que está bien”, dijo amablemente y quiso abrir la puerta para echarla.

De repente, ella rodeó su cuello con los brazos y lo atrajo hacia sí. Lo besó apasionadamente y se presionó contra él. Por un momento, se quedó sin palabras y sintió cómo reaccionaba instintivamente. Ella lo empujó hacia la cama, haciéndolo caer sobre ella. Luego, lo besó de nuevo con mucha pasión. Él la agarró de los brazos y se liberó de su abrazo.

“Un agradecimiento habría sido suficiente”, murmuró, se levantó, la ayudó a incorporarse y la empujó fuera de la habitación. Cerró la puerta con llave y se sentó en el borde de la cama. Dios mío, algunas mujeres eran muy intensas en sus agradecimientos, siempre sabían cómo despertar su pasión. También sintió deseo recorrer su largo cuerpo.

De repente, pensó en Margje.

Ella siempre entraba en su mente de alguna manera. Raaf encendió el equipo de música para distraerse. Miró por la ventana y vio el sol brillante en el cielo azul intenso.

Sabía que el día se volvería caluroso. Y que probablemente no dormiría mucho. Esa pelirroja, con sus muchas pecas y sus ojos azules que a veces lo miraban con indignación. Ella estaba de vuelta y lo ponía nervioso. Apagó el equipo de música; esos pensamientos no ayudaban a calmarlo.

Raaf se tumbó y tardó un buen rato en caer en un sueño profundo e inquieto. Solo al caer la tarde se despertó con los músculos protestando ruidosamente al moverse y con gran hambre. Quizás sería una buena idea ir más a menudo

al gimnasio, pensó mientras se vestía rápidamente.

Corrió abajo para un plato de comida caliente y el aroma ya lo estaba esperando a mitad de la escalera.

Roosmarijn también estaba en la mesa y lo miraba constantemente desde su plato. Cuando captaba su mirada, ella sonreía seductoramente.

Raaf sabía que era atractivo para las mujeres y chicas que rescataba; era una especie de héroe. Siempre rechazaba educadamente su atención, aunque no era lo más fácil de hacer. Era un chico sano, después de todo. Pero conocía la regla mágica.

Nada de sexo antes de los 21 años. Una bruja o mago debía desarrollar su potencial completo. Para eso, era necesario mantener su energía lo más pura posible.

Con el sexo, la energía se mezclaba, al menos durante la penetración. Podías sortearlo un poco con el uso de las manos o la boca, pero eso estaba prohibido. Se exigía la abstinencia total. Si todo se volvía demasiado difícil, había una opción de usar un elixir anti-amor muy potente que moderaba la pasión. Moon le daba regularmente una botella de esa sustancia. Siempre se la entregaba con una advertencia en sus ojos.

Raaf terminó de comer y se dirigió a la biblioteca, seguido de cerca por Roosmarijn. La miró y suspiró profundamente. Podía sentir toda su energía dirigida hacia él.

“Roosmarijn, no estoy interesado”, dijo una vez más para mayor claridad.

Un atisbo de decepción cruzó su rostro.

“¿Entonces tienes novia?” preguntó ella.

Esa era otra de las preguntas que siempre le hacían. Sabía que si respondía negativamente, sería seguido el resto del tiempo. Como si así pudiera ser persuadido para tener relaciones con ellas de esa manera alternativa, que en realidad también estaba prohibida. Esta vez, él lo abordó de otra manera.

“Sí.”

“No me lo creo,” dijo Roosmarijn, “¿dónde está entonces? Si yo fuera tu novia, estaría constantemente a tu lado.” Él sonrió con amusemento.

“Ella vive en otro lugar y ambos tenemos nuestras propias vidas.” Ella entrecerró los ojos y lo miró con curiosidad.

“¿Y te quiere mucho?”

“Mucho, con todo su corazón,” dijo él, asintiendo.

“¿Y cómo se llama?”

“¿Por qué quieres saberlo?” preguntó él divertido.

“Porque creo que solo dices eso para deshacerte de mí,” dijo ella con sinceridad. Y eso lo apreció.

“Se llama Margje,” dijo él. “Es la nieta de Moon. Pregúntale si quieres.”

Ella lo miró, se levantó y se fue. No tenía idea de si en realidad iría a preguntar a Moon para confirmar su historia.

Más tarde esa noche, Raaf estaba junto a la chimenea, que no estaba encendida porque hacía demasiado calor. Estaba pensando.

Margje había estado invadiendo mucho sus pensamientos últimamente. En todas partes veía su cabello llameante y sus ojos azules que cambiaban de color. Su corazón latía más rápido al pensar en ella. Le producía inquietud. Quizás debería hacer algo al respecto. Era difícil hablarlo con Moon; sería raro. ¿Qué debería decir? ¿Moon, tu nieta me vuelve loco solo por estar cerca? ¿Comparo a cada mujer con ella? Bueno, todo eso era una tontería, por supuesto; su relación con Margje era puramente amistosa. Desde el día en que entró en su vida. Su única tarea era protegerla, como Moon le había pedido en su momento.

Y eso se mantendría así. Mucho más fácil para todos. Así podría comportarse normalmente con ella.

Dejó de lado sus pensamientos y bebió su café. Pero los sentimientos confusos no desaparecían de su cuerpo, por más que intentara ignorarlos.

# Capítulo 2

La escalera estaba apenas iluminada; la pared de piedra era tan irregular que la variación en el grosor creaba sombras adicionales. Pasito a pasito, ella descendió hasta que sus pies descalzos tocaron el suelo al pie de la escalera. Estaba realmente a oscuras allí abajo. Solo podía distinguir vagamente algunos contornos, aunque no sabía de qué o de quién se trataba. Su respiración se aceleraba. En el silencio, parecía que hacía demasiado ruido solo con respirar. Miró alrededor con cuidado. Todos sus sentidos estaban alerta. Nuevamente notó un olor extraño. No era moho ni tierra húmeda, sino algo viejo con un toque de sándalo.

Sí, eso era. Sándalo, el que ella olía en omem, quien adoraba el incienso y lo encendía regularmente.

Avanzó paso a paso. El suelo era desigual en altura y también de piedra, lo sentía con sus pies descalzos. Se sentía orgullosa de sí misma por tomarse el tiempo para notar estos detalles a pesar de su miedo. La investigación desvió su enfoque, algo que realmente necesitaba. Miró hacia atrás para ubicar la escalera que la conduciría a la seguridad. Sus ojos se estaban acostumbrando cada vez más a la oscuridad, pues empezaba a distinguir más detalles. “Si tan solo hubiera una luz,” murmuró para sí misma. Y de repente, el espacio se bañó en una luz suave. El corazón de Margje dio un brinco y contuvo un grito. A mitad de su movimiento para volver a la escalera, se detuvo. El hechizo de lo que estaba viendo la sorprendió y ralentizó su movimiento.

Se encontraba en una especie de espacio subterráneo. Parecía un túnel, una especie de cámara excavada. Estimó que tenía alrededor de dos metros y medio de alto, dado que ella mide 1,77 metros. El suelo estaba efectivamente compuesto por pesadas piedras, como ella ya había sentido con los pies. Había lámparas encendidas en las hendiduras de la pared. Margje se acercó. ¡Velas en las lámparas! ¿Cómo podían estar encendidas las velas de repente? ¿Y todas al mismo tiempo? Esto la inquietó nuevamente y



sintió cómo la tensión del miedo se acumulaba en su estómago. Su ritmo cardíaco se aceleró.

De repente, una voz fuerte llamó su nombre.

Se sentó de golpe, con sudor en la frente, el corazón latiendo rápidamente y respiración entrecortada. Margje suspiró varias veces y trató de calmarse. “Dios mío,” suspiró y se recostó nuevamente entre los muchos cojines suaves.

La voz que llamaba su nombre seguía resonando en su cabeza. Aunque le daba miedo, su curiosidad nuevamente tomó el control. Intentó recordar quién había sido el que la había llamado, sonaba familiar, pero no lograba aclararlo. Margje alisó los cojines y se giró sobre su lado izquierdo, el lado en el que solía dormir, y se relajó. En unos días cumpliría dieciocho años. Y entonces, omem tenía algo para ella relacionado con el sueño recurrente que había tenido durante años.

Recientemente, había comenzado a bajar la oscura escalera en su sueño. Antes, solo había recorrido una casa oscura. Esa escalera no tenía sentido para ella. La casa se parecía un poco a la de omem, pero nunca había visto una escalera como esa. Y menos aún un túnel tan grande con velas que se encendían solas y todas al mismo tiempo.

Los párpados de Margje se hicieron pesados por la preocupación y lentamente cayó en un sueño inquieto.

“¡Thom! ¡Tho-om!”

Margje estaba llamando en voz alta al pie de la escalera en el vestíbulo. Su hermano tenía que ir a la escuela a las ocho y no lo había visto aún.

“¡Thom!”

Frustrada, tomó su móvil y lo llamó. Oyó el teléfono de su hermano sonar arriba, escuchó el vibrar.

“¿Sí?” dijo su voz al otro lado de la línea, sonando somnolienta.

“¡Thom, son las ocho!” le recordó.

“¿Sí... qué?”

Colgó, y se escucharon ruidos, en los cuales ella asumió que se estaba levantando, cayendo, vistiéndose, cayendo de nuevo, empacando su bolso, y finalmente apareciendo en la cima de la escalera.

Su cabello rubio estaba alborotado y en su rostro había una expresión de total desesperación e incredulidad.

“¿Qué hora es?”

“Casi las ocho,” dijo ella con una sonrisa triunfante.

“¿Eh? Oh.” Comprendió que ella le había mentido sobre la hora, una pequeña mentira para un bien mayor.

Con un ritmo menos estresado, descendió el resto de la escalera.

“Aquí tienes tu almuerzo.” Margje levantó un paquete envuelto en papel de aluminio.

“Mantequilla de maní con queso.”

Una sonrisa de alivio apareció en su rostro.

“Te lo agradezco mucho, hermanita.”

Mientras pasaba, le dio un beso en la cabeza, tomó el pan envuelto y salió tranquilamente por la puerta principal.

“Adiós,” dijo antes de salir.

Margje se rió en voz alta, entró en la pequeña sala y se desplomó en el sofá gris.

“No te tires así,” gruñó su padre, “también puedes sentarte con calma.” La miró con curiosidad.

“Omeme preguntó si estaría bien que te mudaras con ella este verano.”

“¿Mudarse?”

“Tiene que ver con sus estudios de hierbas o algo así, y con todos sus proyectos, para los cuales podría usar algo de ayuda.”

Margje miró a su padre y notó que parecía cansado. Sabía que él trabajaba horas extra en la fábrica donde trabajaba, en el gran taller de producción como pulidor y soldador. Una profesión antigua que había ejercido toda su vida. Su cabello oscuro ya se estaba volviendo blanco en los costados y, a partir de allí, una secuencia de colores grises en diferentes tonalidades. Sus ojos marrones la miraban con cariño.

“No dejes que omeme te vuelva loco, sé que a veces puede ser muy intensa.”

Margje sonrió.

“Todo estará bien, papá. ¿Te las arreglarás solo aquí?”